



EL COMENDADOR DE LAS SOMBRAS

CARLOS FORTEA

edebé

periscopio

EL COMENDADOR DE LAS SOMBRAS

CARLOS FORTEA

EL COMENDADOR DE LAS SOMBRAS



edebé

© Carlos Fortea, 2013

© Ed. Cast.: Edebé, 2013
Paseo de San Juan Bosco 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Dirección de la colección: Reina Duarte

Diseño de cubiertas: César Farrés

Fotografía de portada: AGE Photostock

1.^a edición, marzo 2013

ISBN 978-84-683-0813-5

Depósito Legal: B. -2013

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Patricia, cuyos pasos atiende
con el orgullo del león que mira a su cachorro.*

I

La primera vez que llegó hasta mí el nombre del Comendador de las Sombras fue a través de una cita bibliográfica. El libro en cuestión, una obra de carácter compilatorio sobre testimonios documentales del medievo en la provincia de Burgos, recogía, entre asientos de grano y cartas de privilegio, textos de índole privada, la mayoría de ellos en estado fragmentario, que daban cuenta de pequeñas transacciones o arreglos familiares. Entre ellos, procedente según decía el texto del desmembrado archivo del monasterio de San Pedro de Arlanza, figuraba el facsímil de un trozo de pergamino, manifestamente arrancado de una pieza mayor, en el que, en latín, se podían leer las palabras: «1 de julio de 1102, a.D.: Acude a mí el Comendador de las Sombras. Desea hablar de la herencia del desterrado y del paradero del leal».

El recopilador de los materiales del volumen daba una interpretación simple y escueta al documento: su autor, sin duda un hombre culto —pues eran muy pocos los que sabían escribir en la Castilla de 1102—, había tenido probablemente un sueño en el que creía haber

recibido la visita del Diablo. Tal vez llevaba un diario, o tal vez el sueño le había impresionado lo bastante como para sentir la necesidad de anotar el evento. Posteriormente, asustado por su propia osadía al escribir un texto tan comprometido, que podría costarle fácilmente una acusación de brujería, lo había separado del cuerpo principal y roto.

Lo que pasa es que no lo había roto. El texto estaba ahí, entero y verdadero, y a juzgar por el facsímil tan sólo había sido objeto de un par de dobleces, más destinadas a guardarlo o esconderlo que a la destrucción. Fuera cual fuese el motivo del desconocido de San Pedro de Arlanza, no tenía intención de romper ese papel.

Tampoco era algo que en aquel momento me quitara el sueño. Yo tenía entonces veintitrés años, un modesto puesto en la Universidad y, sobre todo, a Silvia. Me interesaban los documentos que manejaba en aras de mi trabajo —una tesis doctoral sobre rastros documentales de las órdenes militares—, pero mucho más los ojos y los labios y las palabras de mi compañera. Me afanaba en buscar las huellas del tiempo, pero más aún en apurarlo minuto a minuto. El manuscrito fragmentario de Burgos fue a parar a una caja junto con otras docenas de libros, y tardaría en volver a salir a la luz.

Pero no fue la luz, sino la sombra, lo que me hizo volver sobre el asunto.

Durante las vacaciones de aquel año de principios de la década de los ochenta, la tesis doctoral nos sirvió de pretexto para un recorrido por el norte de Castilla y por Aragón, supuestamente en busca de sepulturas de las

órdenes del Temple, el Hospital, Santiago y Montesa. Cenábamos en pueblos encantadores, nos recogíamos en nuestra silenciosa habitación y a la mañana, incansables, cogíamos el coche para ir hacia el siguiente destino de un mapa con más cruces y flechas que una cartografía militar.

En un pueblito al norte de Teruel al que se llegaba por una carretera serpenteante y empinada, un pueblo pequeño y montañoso por cuyo centro pasaba con estruendo sostenido el rápido de un río de poco más de tres metros de anchura, teníamos reseñada una típica iglesia octogonal que, según la información de que disponíamos, daba albergue a un conjunto de sepulturas de altos dignatarios del Temple. Mi intención era extraer información de las inscripciones para mi personal puzzle académico.

Para nuestra sorpresa, la iglesia estaba abierta cuando llegamos. Aún era relativamente pronto, la temperatura en las calles del pueblo era fresca, y la impresión al entrar al abrigo de las macizas paredes románicas del templo fue más bien de frío. Los pocos vanos que el arquitecto había diseñado para el paso de la luz servían para iluminar la nave, pero además, dado el ángulo que las paredes guardaban entre sí, formaban un curioso haz de rayos que se unía en un punto del testero, marcando con el brillo del rayo más intenso el punto en que en ese momento se encontraba el sol.

—Un reloj de sol —dijo Silvia—. No desperdiciaban ninguna ocasión de aprovecharlo todo.

—No desperdiciaban nada... Mira el suelo.

Bajo los bancos de la iglesia, en el espacio entre ellos

y el altar, en cada flanco del octógono, se sucedían las lápidas, encajadas las unas con las otras como grandes baldosas rectangulares. No había apenas un sitio en que poner el pie que no tuviera debajo los huesos de un guerrero cruzado.

—Estamos de pie sobre un cementerio —dije, y por un momento el frescor de la iglesia se me volvió hostil, como si en vez del aire preservado del sol estuviéramos envueltos en el aliento de la Muerte.

—Nunca entenderé cómo les ponen bancos encima y se sientan tranquilamente en ellos —Silvia se había cogido los brazos y se los frotaba con suavidad—. No lo entiendo ni por respeto ni por creencias.

—Por no hablar del patrimonio histórico —me agaché y pasé los dedos sobre las letras borradas por el tiempo de una de las tumbas—. Fíjate. Ya casi es imposible leer los nombres.

—Condenados al olvido. Los grabaron en piedra para perdurar, y mira lo que hemos hecho con ellos.

—Bueno —me incorporé y le pasé un brazo por los hombros—. Cambiemos de tema. Si seguimos hablando así, dentro de un minuto me parecerá obsceno sacar el cuaderno y empezar a anotar inscripciones.

Silvia sonrió, me besó una mejilla y sacó el cuaderno del bolso.

—¿Por dónde empezamos?

Puesto que no había nadie allí, dejamos para más tarde recabar el permiso del cura para nuestras tareas y corrimos el riesgo de que nos sorprendiera en ellas y tuviéramos que dar explicaciones.

La iglesia era un tesoro histórico, aunque muchas de

las lápidas estaban ya del todo ilegibles, redondeados sus bordes, alisados los escudos; en algunas las cruces templarias se veían como a través de un velo, o como si una fina corriente de agua estuviera bañándolas; otras, talladas con más profundidad de relieve o simplemente salvadas por el capricho del tiempo, conservaban los nombres de al menos un maestre de la orden, un senescal y varios comendadores. A pesar de la sobriedad habitual de sus enterramientos, algunas lápidas tenían alguna frase alusiva a la especial nobleza del finado o a su participación en alguna batalla relevante.

Llevábamos pliegos de papel seda que colocábamos sobre las inscripciones para copiarlas pasando sobre ellas un carboncillo suave. Estuvimos así casi dos horas, apartando bancos y volviéndolos a colocar, sin que por allí apareciera nadie. Entonces Silvia tuvo una súbita inspiración:

—Son las doce —dijo—. ¿Adónde estará señalando ahora el haz de luz?

Conocíamos la costumbre de los arquitectos medievales de entregarse a esa clase de juegos. La hora del mediodía como ocasión para rendir homenaje a algo, para señalar algo oculto o simplemente para enfocar alguna talla obscena en la pared, para burlarse de los clientes que habían encargado la obra. Nos levantamos, nos sacudimos el polvo de las rodillas y seguimos el rumbo de la luz.

Los rayos de sol que entraban por los lados del octógono se unían en efecto en un punto del templo, y un punto curiosamente descentrado. Caían sobre un rincón de la parte trasera de la iglesia, en el que al

parecer no había nada. Un saledizo en la pared que hacía aún más sombrío el rincón oscuro.

Pero sí había algo. Unas letras talladas en el suelo. Una inscripción latina con el texto *Hucusque lux*.

—Hasta aquí llega la luz —traduje—. Muy gracioso.

—No seas tonto —dijo Silvia—. Tallar esta piedra lleva días. Nadie se tomaría esa molestia para gastar una broma tan pobre.

Tocó el saledizo, pensativa.

—Qué inteligente —dijo—. Esta especie de tejadillo es lo bastante ancho como para que, en las distintas épocas del año, la luz llegue más o menos a su interior. Probablemente ésta sea la época en la que más penetra.

Dobló una rodilla y palpó las puntiagudas letras, como si pudieran transmitirle algo más de lo que decían. El pelo castaño le caía sobre el rostro inclinado, mostrando su perfil como a través de un velo, y me entregué a la distracción, como he de confesar que me ocurría frecuentemente en aquellos días, así que no vi cómo Silvia dirigía la mirada a una lápida sin ninguna inscripción a la que daba sombra el saledizo, la palpaba también con esos dedos largos y sensibles que mi piel conocía, hacía trepar la mano por la pared y la detenía en ángulo recto con el rostro. Frunció el ceño.

—Mira.

—¿Qué? —dije, de regreso de mis ensueños.

—Mira esto.

Me agaché. En la pared, bajo el saledizo, ocultaba por él, había otra inscripción. Seguí con la mirada el

deslizarse de sus dedos sobre las letras, mucho más profundas y mejor protegidas por la Historia, en aquella pared que lógicamente ningún pie había hollado.

—*Alvar Montcadae, Commendator Umbrae* —leí.

Y me detuve. Instintivamente, bajé la vista hacia la lápida sin identificación. *Aquí se detiene la luz*, estaba escrito en su borde exterior. La luz se detenía ante la sombra. Y en la sombra imperaba otro poder distinto.

Sentí, y es una sensación que uno puede no sentir nunca, la palpitación del descubridor. Aquel monje burgalés, o quien quiera que hubiera escrito aquella cita, no había soñado con el Diablo. Había recibido la visita de un hombre. Según todos los indicios, de un mando de la Orden del Temple. De uno del que yo, que llevaba mucho tiempo inmerso en sus costumbres y jerarquías, jamás había oído hablar.

Y sin embargo, no era posible. La orden de los pobres caballeros de Cristo había sido fundada en 1118, y la visita de aquel misterioso individuo había tenido lugar dieciséis años antes. Demasiado pronto.

Silvia se dio la vuelta, y seguí por instinto la dirección de su mirada. A pocos metros de nosotros, cortando el rayo de luz que nos había conducido allí, había un hombre de treinta y tantos años, vestido con una camisa blanca y unos vaqueros, que nos miraba con expresión de ligera inquietud.

—¿Puedo ayudarles en algo? —dijo.

Su mirada vagó un instante por los rollos de papel seda, los carboncillos y los cuadernos desparramados. Me di cuenta de que debíamos parecer cualquier cosa menos turistas.

—A lo mejor sí —dije incorporándome—. Estábamos buscando al párroco.

El hombre sonrió.

—No está debajo de ninguna de esas lápidas —dijo.

—Menos mal —reí forzadamente—. Si lo estuviera, no podríamos pedirle un permiso que necesitamos.

El hombre asintió con la cabeza y levantó un índice admonitorio.

—Ahora empezamos a entendernos —dijo—. Soy Andrés Ortega, el párroco de esta iglesia. Si me acompañan, puedo invitarles a tomar un café y explicarles que lo normal es pedir el permiso *antes* de empezar a hacer copias de inscripciones medievales.